



Opinión

Lo que el viento se llevó

Por NANO MIGUÉLEZ CASTRILLO

En realidad quisiera poder escribir algún día un artículo cuyo título fuese "Lo que el viento no consiguió llevarse". Espero con toda mi alma que cuando el viento se llevó el tejado de La Gotera, con él no volasen también "azoteas" arrancadas de las respectivas seseras, perdiéndose en consecuencia toda razón y tino en la organización y gobierno de una comunidad por mí tan querida. Mi condición identitaria es la de un simple emigrante coyunturalmente alejado de su verdadero sitio y esa y no otra es mi verdadera comunidad; por tanto me legitimo a mí mismo para opinar, sugerir, proponer, criticar (siempre con tolerancia y comprensión, claro está), etc. ¿O es que acaso no pago mis impuestos también ahí? ¿Les enseño los latigazos fiscales en mi cartilla? Porque a veces parece que los emigrantes sí somos vecinos con todas las de la ley a la hora de pagar, aunque si intentamos influir sobre determinadas cuestiones, o incluso si opinamos, ya esa ley nos la quieren recortar. Pues a mí no me callarán.

Dicen que cuando unos aviones dirigidos por unos torrados mentales impactaron sobre las renombradas Torres Gemelas de N.Y., el mundo llegó a su punto de inflexión, generándose "un antes y un después", un "ya nada será lo mismo", un "a partir de ahora los enemigos cambian". En gran parte estoy de acuerdo. Pues bien, algo semejante nos ha pasado a nosotros desde el mismo momento que el huracanado meteoro lanzó por los aires (gran parte, primero y del todo, después) aquel "Bloque a bloque... se construye La Gotera". Sí, nuestra realidad como comunidad reducida, y al mismo tiempo obligada a mantener vínculos convivenciales de una cierta consistencia, está igualmente ante "un antes y un después". El pragmatismo que supongo inteligente debe partir de la aceptación sin miopías de situaciones radicalmente distintas, por lo que las posibles soluciones a proponer deberán ser así mismo diferentes, si bien impregnadas de conocimientos adquiridos y, en general, de la experiencia en dinamismo asociativo, del que - por cierto - no somos poco expertos. Pues entonces, a entrar en materia.

Según parece, el bar que antes explotaba y administraba la A.D.C., ahora ya no podrá explotar ni administrar, pasando a asumir estas funciones supongo que la Junta Vecinal, que bien

merecido se lo tiene tras el descomunal susto de los X millones. Vale. Aceptado. Mas, reflexiónese antes de montar innecesarios conflictos de competencias y hasta personales. Digo yo: Los torneos de fútbol y las fiestas, de forma particular en agosto, traen alegría, dinamismo y además bienes pecuniarios al pueblo, más en concreto al bar. ¿O no? Que alguien con datos contrastados me demuestre lo contrario. Si esto es así, del bar puede esperarse un mayor rendimiento económico de explotación directa o arriendo, pero para ello habrá de organizarse el torneo y las fiestas susodichas. ¿Tienen la Junta Vecinal y el pueblo capacidad para acometer este reto? Sin duda. ¿Y ganas? Lo dudo. ¿Y no sería bueno que, aun como una concesión, cediesen este cometido a la A.D.C. (o la que quede o venga, que morir no morirá, aunque me quede como socio único), compensando a la misma con una prudente suma dineraria, al tiempo que se exija a sus responsables la contrapartida y el compromiso de organizar estos eventos, con mayor o menor ampulosidad o sencillez, según los medios disponibles, pero manteniendo lo que hoy ya son para este pueblo símbolos identitarios del pasado siglo XX? En fin, es sólo una reflexión general que puede ser buena o no, dicha ya o no dicha, es igual. Sin duda podría aportar un chorro si me lo propusiese, el problema sería que una gran mayoría me las tacharía/n de heréticas.

Respecto a cuanto acabo de escribir, habrán podido ya surgir mil quinientas pegas, algunas realistas, otras desbarradas, aunque algunas con predicamento, y no pocas paranoicas. No hay problema: nos sentamos y lo discutimos, hasta llegar al máximo posible de acuerdos. ¿O es que - por ejemplo - habiendo la naturaleza arrebatado a los responsables de la A.D.C. una suculenta fuente de ingresos con los que llegaban a montar fiestas sonadas e incluso imperiales, ahora queremos dejarlos tirados en la cuneta? Sólo la mala envidia, la tiñosa, puede llegar a pretender eso. Mientras no se me demuestre lo contrario, sospecho muy seriamente y a mí pesar que la A.D.C. está moribunda. Pero aun agónica, como el ave aquella, resurgirá de sus cenizas, y aunque hayan de ser los viejos pastunes del lugar quienes le hagan el boca a boca, renacerá con nuevos bríos. ¡Toma declaración de intenciones! Así que si se quiere para el pueblo un modelo de convivencia sensato, tolerante y, a ser posible, estrecho en cuanto a los vínculos interpersonales establecidos, unos y otros, la Asociación de Pensionistas, la Junta Vecinal y la A.D.C. están obligados a entenderse ("condenados a entenderse", que diría la prensa mayoritaria).

En lo que a mí concierne, como vieja gloria (carné nº 12, creo), propongo a otras viejas glorias (entre otros a mi bien querido primo Eledino, que nos tiene un poco dejados) reunirnos en una cena conspiratoria, que en torno a un buen mantel, mejor yantar y caldos magníficos las dificultades, salvo Tráfico, son en verdad más fácilmente superables. Movámonos para organizarla con la suficiente oportunidad, de modo que pocos o nadie pueda rechazarla sin que se le caiga la careta. Debemos reencontrarnos

los que en su momento encetamos (palabra también bonita en catalán, "encetem", cuyo significado literal en esta lengua es iniciamos, acometimos, etc.) un proyecto que no ha traído más que bienestar integral, dinamismo, alegría y, sobre todo, una convivencia mucho más cercana entre vecinos. Que nadie ose quitarnos ese mérito. Después han ido viniendo avatares más o menos bienintencionados, o más o menos desdichados, pero que no se atrevan a descalificar una globalidad empíricamente benefactora en cantidades incalculables, como el mismo Arte. Y mientras nos mueva un hálito de vida, ésta, si somos quienes somos, como somos y de donde somos, debería ir asociada indefectiblemente a trabajar por mí, por nuestro, por un pueblo cada vez mejor y vivo.

Para alegría de todos, y en particular de los mayores, que ya dominan la demografía propia de nuestra comunidad. Lo sé, soy de los menos indicados para opinar siquiera (joder con mi complejo, mira que no me deja vivir), pero eso no desautoriza la legitimidad que yo mismo me he investido. Soy así, qué le voy a hacer -tralará lará- si yo -trilurí lurí- nací con el resisterio -chin pun- y a la hora la solana -chin pun, chin pun. Tengo claro y además deseo con fervor que el protagonismo de la Asociación de Pensionistas crezca, pues, como en los pueblos muy arcaicos, los sabios y la sabiduría deben ir asociados a la noble ancianidad. Y yo quiero que mi pueblo sea arcaico, digital y cibernético. Vayan así los mayores a engancharse a los tintos y a Internet, procurando reír y vivir para uno, pero también procurando vivir y reír con los otros, y que el prejuicio hacia la discrepancia, el diálogo, la negociación, en definitiva, hacia la democracia pura sea desterrado para siempre en el devenir interactivo de mi pueblo. Por supuesto, tampoco los mayores deberían dar la espalda ni a la Junta, ni a la A.D.C., ésta de la que esperamos llegue a movilizar nuevos, o menos nuevos, elementos dinámicos y dinamizadores en organización y gestión, si fuera el caso. Creo, por tanto, en la necesidad de un esfuerzo común para preservar y salvar, si preciso fuese, un colectivo vivo que ya ha mostrado antes sus grandes aportaciones y ventajas, por encima de perjuicios. Adelante todos, y muy en particular los mayores, que ya va bien vestir ciertas ideas y acciones del requerido sosiego, reflexión y mesura. Pero no se lleve la mesura hasta el ultraconservadurismo constrictor, que limita la inteligencia a la visión de una mula dando vueltas a la noria. No seré yo quien despache certificados de inteligencia, aunque en la cotidianeidad un tanto de audacia (no necesariamente reñida con el buen criterio) es incompatible con el inmovilismo cerril y encorsetado hasta la asfixia. Seguro que, con un tantín así más de audacia y algún otro quilín, se hubiera podido construir un bien inmueble con más prestaciones y un mayor valor material. Bueno, aceptado, ya está bien lo que se ha



Música de antaño. Eso sí: buscando la escasa sombra de la plaza

hecho. Adminístrese ahora con tino, pero no con tanto que el miedo a la hipoteca paralice las meninges de los responsables y vayan a racionarnos hasta los azucarillos del café. No se olvide nunca, por fin, que una construcción comunitaria debe pretender el beneficio comunitario.

Quizá cuanto hasta aquí haya expuesto suene a abstracción utópica o alejada de la realidad. Pues a mí no me lo parece tanto, porque si se pretende concretar grandes ideas posibles, antes habrá que imaginarlas, razonarlas, madurarlas, después exponerlas, discutir las y desterrarlas o no, qué mas da. Y para que todo esto resulte mucho más factible se habrán de disponer cauces de comunicación, más o menos institucionalizados unos, otros más personales y civiles, pero siempre, en público o en privado, en familia o entre amigos, en el púlpito o la tarima, siempre con mentes abiertas de las que nunca esperaré que me den la razón, sino que sigan siendo abiertas, nada más. Negar por negar es de cerriles poco cerebrados, pero negarme con argumentos es de tal placer que hasta lo pago, como a simple furcia. Estemos dispuestos a intercambiar criterios y canalizar las que se decidan como buenas ideas para mejorar nuestro tan querido pueblo y jardín. E ideas seguirán surgiendo. Seguro que algunas serán muy buenas y además viables. Pero para eso hay que ensanchar algún grado el limitado ángulo de visión que muy a menudo se observa en ciertas determinaciones. El pueblo sigue teniendo recursos para continuar mejorando, bastará muy poca buena voluntad y -eso sí- mucha coordinación. Destiérrese, al fin, la incomunicación o el pronunciado déficit de comunicación atávicos entre unos y otros, entre partes, entre miembros, entre organizaciones, entre todos; sin duda en gran parte provocado todo ello por rencillas y envidias preñadas de recelo provincialismo y desconfianza, en muchos casos atribuible a la simple mala folla, o a una ignorancia de buen pronóstico y curable (la incurable no tiene remedio, así que no vale preocuparse ni por ella, ni por sus portadores, aunque a veces jodan). Que cunda el ánimo. Os quiero.